

tura nos obligan á creer la Trinidad, la Encarnacion y demas misterios; y cómo la autoridad de la Iglesia ha fijado el lenguaje necesario para expresar lo que creemos. Contentémonos con saber lo que Dios ha hecho, sea que nosotros lo conozcamos por nuestra experiencia, ó por su revelacion, sin entrar en las cuestiones peligrosas de lo posible y de lo conveniente.

En cuanto á la moral es preciso atenerse á los principios generales tan claramente propuestos en la Escritura, la caridad, la sinceridad, la humildad, el desinterés, la mortificacion de los sentidos; y sobre todo guardarse bien de creer que el camino del cielo se haya allanado con el tiempo, y que la relajacion de los últimos siglos haya prescripto contra el evangelio. Jesucristo ha venido al mundo, no para establecer solamente un culto exterior, ni para instituir nuevas ceremonias, sino para hacer adorar á su Padre en espíritu y en verdad; para purificarse un pueblo agradable á Dios, y aplicado á las buenas obras. (a) Toda moral que no tenga por objeto formar un pueblo de esta manera, no es la suya.

(a) Jo. 4. 23. ti. 2. 4.



DISCURSO VI.

Sobre las Cruzadas.

Las Cruzadas componen una parte considerable de la historia de la Iglesia, en los siglos XII y XIII, y son una de las principales causas de la variacion de la disciplina. Ya hemos visto el fin que tuvieron, ahora manifestaremos su principio y sus progresos. Las Cruzadas tuvieron su principio en las peregrinaciones á la Tierra Santa que fueron muy frecuentes desde el reynado de Constantino despues de la invencion de la santa Cruz, y restablecimiento de los santos lugares. Venian á ellos de toda la Cristiandad, limitada casi al Imperio Romano, cuya grande extension facilitaba el viaje aun desde Francia, España y otras provincias mas remotas; y esta libertad continuó por el espacio de trescientos años no obstante la ruina del Imperio de Occidente, porque los reynos que se formaron de sus ruinas, queda-

I.
Origen de
las Cruza-
das.

ron cristianos, y poblados de romanos, aunque sujetos á los bárbaros. La gran mudanza no sucedió hasta el siglo VII por la conquista de los árabes musulmanes, separados de nosotros en religion, lengua y costumbres. Sin embargo, como dejaron á los cristianos sus súbditos libre el ejercicio de la religion, permitian las peregrinaciones; y hacian éellos mismos la de Jerusalem, que llaman la casa Santa y la tienen en singular veneracion.

Los cristianos de Occidente continuaron, pues, bajo la dominacion de los musulmanes, en visitar los santos lugares de la Palestina, aunque con mas dificultad que antes; y tenemos todavía algunas relaciones de sus viages, como la de Arculfo obispo frances, escrita por Adamnan abad irlandes al fin del siglo VII. (a) Estos peregrinos viendo la servidumbre en que gemian los cristianos de Oriente, hacian á su vuelta tristes pinturas de élla ponderando la indignidad de ver los santos lugares en poder de los enemigos del nombre cristiano; sin embargo de esto pasaron muchos siglos antes de intentar alguna empresa para librarlos.

(a) Act. Ss. Bened. to. 4. p. 502.

Es verdad que los emperadores griegos estaban casi siempre en guerra con los musulmanes; pero esto era mas para la defensa general de sus fronteras, que para la conquista particular de Jerusalem. Los godos, los franceses, los lombardos, y demas pueblos que dominaban en Occidente, estuvieron mucho tiempo ocupados en las guerras que tenían entre si, y contra los griegos. Luego se hallaron empeñados en defenderse de los musulmanes, que poco tiempo despues de su principio conquistaron la España, penetraron en Francia, y se establecieron en Sicilia, desde donde hacian desembarcos en Italia y hasta las puertas de Roma. Lejos de pasar los mares para hacerles la guerra en su país, se contentaban con poderlos repeler. Carlo Magno tan poderoso, tan gran guerrero y tan zeloso por la Religion, no empleó sus armas contra los sarracenos sino sobre la frontera de España; y lejos de invadirlos en Oriente, conservó siempre alianza y amistad con el Califa Aaron, el cual le envió la llave del santo Sepulcro, en prueba de la libertad de la peregrinacion. El viage de Carlo Magno á la

tierra Santa es una fábula inventada despues de las Cruzadas.

Hasta el fin del siglo XI no se unieron los cristianos de Occidente para formar una empresa comun contra los enemigos de la Religion, de la cual fue su primer autor el papa Gregorio VII, hombre animoso y capaz de vastos designios. Compadecido sensiblemente de las tristes relaciones que recibia del estado de los cristianos orientales oprimidos por los infieles, y en particular por los turcos seljouquidas, que acababan de establecerse en Asia, excitó á los príncipes de Occidente para que se armasen contra ellos, y tenia ya dispuesto cincuenta mil hombres, con los cuales estaba resuelto á ponerse en marcha para esta empresa, como lo dice en una carta escrita al emperador Henrique; (a) pero otros negocios mas urgentes y que le interesaban de mas cerca, le impidieron la ejecucion de este proyecto, que veinte años despues se verificó á instancias de Urbano II. Ya habia algunos preludios de estas empresas en la multitud de peregrinos que se juntaban para emprender armados el viage de la tierra Santa. Un

(a) Greg. lib. 11. ep. 41.

ejemplo ilustre son los siete mil alemanes que hicieron el viage en 1064 y se defendieron con tanto valor contra los ladrones árabes. Esta caravana era un pequeño ejército, y se puede decir que los cruzados no eran sino una multitud de peregrinos, reunidos y armados.

Ademas de los principales motivos de abrir el camino á las peregrinaciones, y socórrer á los cristianos de Oriente, no dudo que Gregorio y Urbano tendrian la mira de poner para siempre la Italia á cubierto de los insultos de los sarracenos, y debilitarlos en España, donde su potencia en efecto se fue disminuyendo desde el tiempo de las Cruzadas. En fin, el papa Urbano manifiesta en uno de sus sermones otro motivo importante, que era el extinguir las guerras particulares que reynaban en Occidente hacia doscientos años, y que tenian á los señores continuamente armados los unos contra los otros. La Cruzada fue mas útil para este efecto, que lo habia sido la tregua de Dios, establecida por muchos concilios hacia el año 1040 para suspender en ciertos dias de

(a) Tom. 10. Conc. p. 516. D.

la semana las hostilidades. La Cruzada convirtió contra los infieles las fuerzas que los cristianos empleaban en destruirse á sí mismos, enflaqueció el poder de la nobleza, empeñándola en gastos inmensos, y los soberanos por este medio recobraron poco á poco su autoridad.

No veo que entonces se pusiera en duda si esta guerra era justa, pues todos los cristianos de Oriente y Occidente lo suponían igualmente. Sin embargo, la diferencia de religion no es causa suficiente para la guerra; y santo Tomas, escribiendo en el siglo XIII, cuando las Cruzadas eran todavía frecuentes, (a) dice que no se debe compeler á los infieles á abrazar la fe, sino que los fieles solamente cuando puedan deben usar de la fuerza para impedirles que perjudiquen á la Religion, ó con las persuasiones, ó sirviéndose de las armas y haciéndoles la guerra. Y por este motivo continúa el Santo, hacen los cristianos frecuentemente la guerra á los infieles, no por obligarlos á creer, sino para impedirles que pongan obstáculo á la fe. Sobre este fundamento los principes

(a) 2. 2. q. 10. á. 8.

cristianos han creído estar en derecho de proteger á los cristianos extranjeros oprimidos de sus soberanos. Así Teodosio el joven rehusó entregar al rey de Persia los cristianos persas que se habian refugiado en sus dominios, y le declaró la guerra, para que cesase la persecucion. (a) La ocasion de la primera Cruzada fue de esta especie. El emperador de C. P. imploró el socorro de los latinos contra el formidable poder de los turcos seliuidas, y los cristianos de Oriente lo pedían con mas instancia por las cartas lastimosas del patriarca de Jerusalem, que trajo al papa Urbano Pedro el ermitaño.

Tambien es preciso convenir de buena fe en que la aversion que tenían los cristianos á los musulmanes tuvo gran parte en el designio de la Cruzada. Los miraban como una nacion maldita, enemigos declarados de la Religion, y que no pensaban sino en establecer la suya en todos los lugares con la fuerza de las armas. Sus propios súbditos no podían acostumbrarse á obedecerles. San Juan Damasceno, viviendo en la capital de

(b) Socr. 7. hist. c. 18.

su Imperio un siglo despues de su conquista, habla al emperador Leon Isauro como á su soberano legitimo. (a) Cincuenta años despues los patriarcas de Oriente en sus cartas al séptimo concilio general, reconocen del mismo modo á los Emperadores griegos por sus soberanos, y tratan á los príncipes musulmanes de tiranos exêcrables. En fin, los cristianos de España no estaban todavía conciliados con ellos en medio del siglo IX, como se ve por san Eulogio de Córdoba. (b) Confieso, que no reconozco en esta conducta el espíritu primitivo del Cristianismo, ni esta sumision perfecta á los emperadores paganos por el espacio de trescientos años de persecuciones. Pero los hechos son muy ciertos, y los Príncipes cristianos no trataban á los musulmanes apresados en la guerra como simples enemigos; (c) como se ve por aquellos que el emperador Basilio Macedónico hizo desollar, y los que hicieron morir los papas León IV, Juan VII y Benedicto VIII. La Cruzada no fue resuelta por el

II.
Indulgen-
cia plena-
ria.

(a) Damasc. de imag. Or. 2, in: 12, To. 7, Conc. p. 170. 175.

(b) Eul. memor.

(c) Vic. Basil. n. 61. Anast. p. 14. Ditar. m p. 96.

papa Urbano solo, sino por el concilio de Clermont compuesto de mas de doscientos obispos reunidos de todo el Occidente; los cuales se persuadieron tan de veras que la voluntad de Dios era que se formase esta empresa, que todos pidieron á gritos la guerra. Para ejecutarla mas facilmente se sirvieron de la indulgencia plenaria, que se empezó entonces, como del resorte mas poderoso para poner en movimiento á los pueblos. En los tiempos antiguos la Iglesia habia dejado á la discrecion de los obispos perdonar alguna parte de la penitencia canónica, segun el fervor del penitente, y las demas circunstancias; mas hasta este tiempo no se habia visto, que por sola una obra pudiera el pecador librarse de todas las penas temporales de que podia ser deudor á la justicia divina. No fue menester menos que un concilio numeroso, presidido por el papa en persona para autorizar semejante variacion en el uso de la penitencia, para lo cual creyeron tener buenas razones. Hacía ya dos siglos que los obispos hallaban mucha dificultad en sujetar los pecadores á las penitencias canónicas, (a) que casi se

(a) 3. Disc. n. 16.

habian hecho impracticables, multiplicándolas segun el numero de los peccados; de donde se originó la invencion de conmutarlas, para restar años enteros en pocos dias. En otras aquellas conmutaciones de penitencia mucho tiempo antes se empleaban las peregrinaciones á Roma, á Compostela, ó á Jerusalem; y la Cruzada añadía los peligros de la guerra. Creyóse, pues, que esta penitencia equivalia á los ayunos, oraciones y limosnas que cada penitente podia hacer en particular; y que seria mas útil á la Iglesia, sin ser menos agradable á Dios, otorgarse á los cruzados, y no se ve que en los primeros viages se hicieran exacciones de dinero para el mantenimiento de estas tropas. La primera que se hizo fue la décima saladiná, con el motivo de la tercera Cruzada; pero como la indulgencia no daba alimento corporal, se suponía que los cruzados subsistirían á sus expensas, ó á las de los ricos que quisieran mantenerlos; y este gasto muy considerable en tan largo viage podia contarse por una gran parte de la penitencia. La indulgencia no dejó de ser aceptada con mu-

cha alegría, aun con estas condiciones. Los nobles que se reconocian por la mayor parte cargados de crímenes, entre otros, de haber robado las iglesias y los pobres, se tuvieron por dichosos que se les impusiera únicamente por penitencia su exercicio ordinario, que era hacer la guerra, con esperanza, si morian en ella, de la gloria del martirio. En los tiempos anteriores una parte de la penitencia consistia en no tomar las armas, ni montar á caballo: aqui lo uno y lo otro no solo era permitido, sino mandado; de suerte que los cruzados mudaban solamente de objeto, sin variar su manera de vida. La nobleza arrastraba al pueblo bajo, que la mayor parte eran siervos destinados al cultivo de las tierras, y enteramente dependientes de sus señores, y muchos sin duda querian mas seguirlos en este viage, que quedar en su casa ocupados en la agricultura y oficios. Así se formaron estos exercitos inmensos, que hemos visto en la historia, creyendo que no habia mas que marchar á la tierra Santa para asegurar su salvacion. Los eclesiásticos se cruzaban como

los demas; pero con diferente objeto, conviene á saber, para instruir á los cruzados, consolarles, y administrarles los Sacramentos, no para rescatar ellos mismos sus penitencias: porque segun las verdaderas reglas las penitencias canónicas no se establecieron para los clérigos; los cuales cuando cometian algun delito eran depuestos segun el canon de los apóstoles, y reducidos al estado de legos, sin añadir otra pena por no castigarlos dos veces (a). Puede ser, no obstante, que no se mirasen las cosas con tanto escrúpulo en el siglo XI, y que los eclesiásticos, en los cuales habia muchos culpados, querian así como los legos expiar sus pecados con la Cruzada. Lo cierto es que creian serles permitido traer armas, y servirse de ellas en esta guerra, y en todas las demas contra los infieles. Ya hemos visto los obispos de Hungría armados contra los tártaros cuando desolaron este reyno en 1241. Los prelados del siglo V no lo usaban así: el papa san Leon y san Lobo obispo de Troyes no detuvieron á Atila sino con súplicas y razones; y aquellos que no podian contener á estos

(a) Can. 24.

bárbaros con la dulzura, se dejaban matar como san Nicasio de Rems, y san Privato de Givaudan; (a) y la Iglesia aprobó tan claramente su conducta, que los cuenta entre los mártires.

Los monges mismos, y sus abades se cruzaban, aunque esta devocion los apartase mas que las otras de su vocacion, que era la soledad y el retiro. Hemos puesto en su lugar la respuesta de san Gregorio Niseno á un solitario de Capadocia, que le habia consultado sobre el viage de Jerusalem, y hemos visto que se lo disuadió absolutamente aunque era solo una simple peregrinacion. (b) Tambien hemos visto las reprehensiones que hizo san Bernardo á Arnolfo, abad de Morimon, por haberse cruzado, y la firmeza con que el mismo Santo rehusó tomar la conducta de la segunda Cruzada (c); y sin embargo, en la que se hizo en tiempo de Inocencio III vemos abades del mismo orden del Cister empuñados en ella. (d) Esto no se hacía

(a) Martyr. 14. Dec. 21. Aug.

(b) Greg. de Eunt. Hier.

(c) S. Bern. ep. 7. ep. 236.

(d) Villehard.

sino con grande perjuicio de las obligaciones esenciales de los religiosos; los monasterios no estaban mejor gobernados; y á su vuelta ni ellos, ni los monjes de su comitiva traian un espíritu de mas regularidad. Lo mismo digo á proporcion de los obispos, y de su clero.

III.
Faltas en la
ejecucion
de la Cruzada.

Habiéndose juntado y puesto en marcha los exércitos de la primera Cruzada, la ejecucion no correspondió á las intenciones del papa Urbano, y del concilio de Clermont. Habia entonces poca disciplina en la mayor parte de nuestros exércitos, y menos todavía en los de los cruzados, compuestos de voluntarios de diversas naciones, dirigidos por gefes independientes los unos de los otros, sin que alguno tuviese el mando general, sino el legado del papa, poco capaz de contener tales tropas. Por esta razon los cruzados antes de entrar en las tierras de los infieles empezaron á ejercer las hostilidades, saqueando y quemando todos los pueblos, aunque fueran de cristianos, como lo hicieron en el pais de los húngaros, de los bulgaros, y de los griegos; y pasaban á cuchillo á cualquiera que quería reprimir sus

violencias. Perecian muchos en estas ocasiones; por cuya causa cuando llegaron al Asia, se habian disminuido considerablemente sus exércitos. El emperador Alexo que reynaba entonces habia tenido grandes diferencias con Roberto Guichard, duque de Pulla, con mucha pérdida suya; de suerte, que viendo á Boemond, hijo de Roberto, en medio de la Grecia á la frente de un exército formidable, se creyó perdido, no dudando que este pretendido peregrino aspiraria á su corona. Así no hay que admirarse que se opusiera á los cruzados con todo su poder, y que en defecto de la fuerza emplease contra ellos el artificio segun el genio de su nacion.

Los cruzados estaban mal instruidos del estado de los paises que iban á conquistar, como lo vemos por las relaciones de sus hazañas, donde los nombres de los lugares, pueblos, y principes se hallan extrañamente desfigurados. Parece que no tenian direccion cierta en sus viages: se veian reducidos á tomar guias de la misma tierra, esto es, ponerse á la merced de sus enemigos, que frecuentemente los

descaminaban, y hacian perecer sin combate, como sucedió en la segunda Cruzada. Desde el primer viage se empezaron á debilitar los exércitos, dejando tropas en los países conquistados como en Nicea, Antioquía y Edessa, en vez de reservarlas todas para la conquista de Jerusalem, que era el objeto de la empresa. Pero los diferentes caudillos tenían sus miras particulares; y el mas hábil de todos era el Normando Boemond, que rindió á Antioquía, cuidando mas, como se hecha de ver, de establecer su fortuna, que de servir á la Religion.

Llegaron en fin á Jerusalem, la sitiaron y tomaron con un suceso, que tiene mucho de milagroso, pues no era natural que á pesar de tantos obstáculos, una empresa tan mal dirigida, tuviese tan feliz éxito. Acaso Dios lo concedió á algunos buenos cristianos que iban á esta empresa con verdadero espíritu de Religion, como Godofredo de Bullon, de quien los historiadores de aquel tiempo alaban no menos la piedad y sencillez que su valor: pero los cristianos mancharon la gloria de esta victoria por su crueldad, pasando todos los musulmanes á cuchillo, y lle-

nando á Jerusalem de sangre y mortandad. ¿ Esperaban acaso exterminarlos, y abolir esta Religion con este grande Imperio que se estendia desde España hasta las Indias? ¿ Qué idea daban de la Religion cristiana á los infieles con esta conducta tan bárbara? ¿ No hubiera sido mas conforme al espíritu del evangelio tratarlos con dulzura y humanidad, limitándose á asegurar la conquista, y libertad de la peregrinacion á los santos lugares? De este modo se hubiera asegurado el reposo de los antiguos cristianos del país, hecho amable la dominacion de los recién venidos, y se hubiera conseguido la conversion de algunos infieles. Saladino cuando reconquistó á Jerusalem usó de su victoria de un modo mas digno que los cristianos, condenando con su conducta suave la bárbara crueldad de sus padres.

Pregunto todavía, ¿ qué fruto se sacó de esta empresa, que conmovió y dejó exausta toda la Europa? Quedarse con el nuevo reyno de Jerusalem el buen Godofredo, por no haberlo querido los principales señores de la Cruzada que cumplido su voto, se volvieron con mucha priesa á sus casas.

Apenas se halla en la historia otro reyno de menos duracion y extension; pues solo subsistió ochenta años, y no comprendia sino á Jerusalem, y algunos pueblos de sus cercanias; cuyos habitantes eran musulmanes ó cristianos del pais poco afectos á los francos. Así el nuevo rey no podia contar por súbditos sino á los pocos que le quedaron de los cruzados; esto es, trescientos caballos y dos mil hombres de infanteria. A esto se redujo esta conquista tan preconizada por los historiadores y poetas; y es cosa bien extraña que se haya perseverado doscientos años en el proyecto de conservarla ó restablecerla.

Los papas y los que por su orden predicaban la Cruzada, no cesaban de representarla á la nobleza y á los pueblos como causa de Dios, y el mejor medio para asegurar su salvacion. Es preciso, decian, vengar la afrenta hecha á Jesucristo, sacar de las manos de los infieles esta tierra, que es su heredad adquirida con el precio de su sangre, y que ha prometido á su pueblo. Ha dado su vida por nosotros; ¿no es justo que la demos por él? ¿Podremos estar en reposo en

nuestras casas, mientras que sus enemigos blasfeman su santo nombre, y profanan su templo, y los lugares que honró con su presencia, con el abominable culto de Mahoma, é insultan á los fieles que no tienen ánimo para repelerlos? ¿Qué responderemos á Dios en el dia del juicio, cuando nos reprenda de haber preferido á su gloria nuestros gustos y comodidades particulares, y despreciado un medio tan facil de expiar nuestros pecados, y ganar la corona del martirio? Esto es lo que los papas en sus cartas, y los predicadores en sus sermones representaban con las expresiones mas patéticas.

Hoy que los ánimos no se hallan inflamados sobre esta materia, y que la consideramos á sangre fria, no hallamos en estos discursos solidez, ni razon que convenza. Querían vengar la ignominia de J. C. y no conocian que lo que le injuria y le deshonra verdaderamente es la vida corrompida de los malos cristianos, como eran la mayor parte de los cruzados, mucho mas que la profanacion de las criaturas insensibles, de los edificios consagrados á su nombre, y de los lugares que

nos acuerdan la memoria de su pasión. Por grande que sea el respeto que se debe á estos santos lugares, su religion no está vinculada á ellos, como nos lo declaró él mismo, diciendo, que era llegado el tiempo en que Dios no sería ya adorado en Jerusalem, ni Samaria, sino por todo el mundo en espíritu y en verdad. (a) Para desengañar á los judíos de esta adhesión á un cierto lugar, y á un templo material, quiso que Jerusalem fuese destruida, y que nunca se restableciese el templo.

Es equivocación llamar á la Palestina la heredad del Señor y la tierra prometida á su pueblo: estas espresiones en el sentido propio y literal no convienen sino al antiguo testamento, y solo en el figurado pueden aplicarse al nuevo. La herencia que J. C. adquirió con su sangre, es su Iglesia compuesta de todas las naciones; y la tierra que le ha prometido, es la patria celestial. Nosotros debemos estar siempre dispuestos á dar la vida por él, pero esto se entiende, sufriendo toda suerte de persecuciones, tormentos, y aun la misma muerte, antes que renunciarle, y perder su gracia. No nos

(a) Joa. 4. 21.

ha mandado exponer nuestra vida combatiendo contra los infieles con las armas en la mano; y si se pueden llamar mártires los que han muerto en la guerra contra infieles, esto se entiende cuando esta es puramente de Religion. Habian pasado mas de quinientos años desde que los musulmanes conquistaron la Palestina, hasta la primera Cruzada; y no veo que en aquel tiempo haya padecido la Religion cristiana algun menoscabo considerable, ni que despues haya estado mas floreciente. En fin, las reprehensiones que se hacian á los príncipes que no iban á la Cruzada, caian tambien sobre sus predecesores, y sobre los otros príncipes mas celosos de la Religion.

La segunda Cruzada dirigida por el rey Luis el jóven con Conrado rey de Alemania, no tuvo algun suceso; y san Bernardo, que la habia predicado, se vió reducido á justificarse de las quejas que contra él produjo. El ejército del rey Conrado pereció sin combate en Natolia por traición de los griegos; (a) pero es de admirar la sencillez de este príncipe, en fiarse del emperador Manuel, despues de la

(a) Consid.

experiencia de la primera Cruzada, en que su abuelo Alexo habia intentado malograr la empresa. No habian pasado cincuenta años de la una á la otra, y subsistian los mismos motivos de desconfianza. Los griegos creyeron siempre que los latinos aspiraban á su Imperio, y lo que sucedió cincuenta años despues en la cuarta Cruzada, confirmó que eran justas sus sospechas.

V.
Inconvenientes de
la toma de
C. P.

Hablo de aquella conquista en que los franceses inducidos de los venecianos fueron al principio á atacar á Zara en Dalmacia, despues á C. P. para restablecer al jóven emperador Alexo, quitándosela en fin á los griegos con el pretexto de castigar la deslealtad de Murzuffa contra aquel príncipe jóven, porque los obispos que los conducian les proponian para animarlos que los que cometian tales asesinatos no tenian derecho de poseer algunos estados; (a) y los príncipes cruzados eran tan ignorantes, que no advertian las peligrosas consecuencias que se podian deducir contra ellos mismos de esta falsa máxima. El papa Inocencio III hizo luego todos sus esfuerzos para apartar

(a) Villeh. n. 17.

á los cruzados de esta empresa: les representó que habian tomado las armas contra los infieles, y no contra los cristianos, que no tocaba á ellos vengar las injurias hechas al emperador Isac, ni á su hijo Alexo (a). A las amonestaciones añadió las censuras, y los cruzados quedaron excomulgados por este motivo.

Mas en fin, deslumbrado este papa con el suceso inesperado de haberse apoderado los latinos de Constantinopla como por milagro, creyó que Dios se habia declarado por ellos (b). Dos razones especiosas le engañaron, la facilidad de socorrer á la tierra Santa y la esperanza de reunir los griegos á la Iglesia Romana. Por una parte se decia que los griegos eran los que hasta entonces habian puesto mas obstáculos al buen suceso de las Cruzadas con sus perfidias y traiciones: y que siendo dueños de su imperio, el camino de la tierra Santa sería facil y seguro, y se podria socorrer sin estorbo. Otros decian que siendo cismáticos obstinados, hijos rebeldes de la Iglesia hace muchos siglos, merecian ser castigados;

(a) Gest. In. n. 9.

(b) Gest. n. 94.